

XL Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"
- Antonio Segado del Olmo -
2024

EMOCIONADA DESPEDIDA
PEDRO LUIS GIL ESCUDERO

PREMIO

El 12 de Julio de 2024,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Lorenzo Silva, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Encarna Esteban Bernabé y José María
López Ballesta, otorgaron el Premio de la cuadragésima
edición al cuento titulado Emocionada despedida,
de Pedro Luis Gil Escudero.

Pedro Luis Gil Escudero (Zaragoza, 1963)
residente en Cartagena, director de hotel,
empresario y músico, ha sentido el impulso hacia la
escritura desde joven. Sin embargo, ha sido ya en las
inmediaciones de la sesentena cuando se ha
decidido a presentar algunos de sus relatos a
diferentes certámenes, todos ellos con cierta
inclinación hacia la literatura de humor.

Habiendo resultado finalista en tres
ocasiones consecutivas en el Certamen de Humor
"Jara Carrillo", obtiene el primer premio en la última
edición de 2023, galardón que añade a algunos
otros obtenidos tales como la "LVIII edición del Premio
Internacional de Cuentos Lena" y el "III Certamen
Literario "Benito Pérez Galdós" – Premio Arganzuela
2022".

EMOCIONADA DESPEDIDA

Me atrincheré con inquebrantable firmeza tras la égida de no disponer de ropa oscura, pero El Corte Inglés y cierta holgura en la economía familiar terminaron por hacer su magia. Agotados todos mis argumentos, no me quedó más opción que acudir junto a mis padres al entierro del tío Antonio y renunciar a la excursión en bicicleta de montaña con mis amigos del instituto. El recuerdo de mi tío, ya muy desdibujado, no rescataba de mi memoria más que un fajo de tebeos y dos cariñosos cachetes en el cogote: «Toma, Paquito: tu literatura», solía bromear cuando me los entregaba, risueño, en alguna de sus esporádicas visitas de domingo. No volví a verlo desde que nos mudamos a Madrid, pero aislados comentarios de sobremesa me permitieron saber que dividía su existencia entre Lugo y Buenos Aires, ciudad esta última en la que impartía seminarios y conferencias sobre literatura gallega del siglo XX. Según mi madre, las largas ausencias de su querida Galicia natal obedecían de forma inequívoca a que mi tía Pepita, esposa de mi tío y hermana mayor de mamá, es como es. Ese velado desencuentro marital, aun apenas insinuado, me conducía a imaginar al tío Antonio saliendo de su enorme casona de piedra con una maleta en una mano y mostrándole el dedo medio a tía Pepita con la otra en episodios regulares de seis meses. Tristemente, una dolencia cardiovascular arrastrada ya desde hacía años puso fin a la vida del tío Antonio durante una de sus prolongadas estancias en tierras argentinas, y su cuerpo hubo de ser repatriado para recibir cristiana sepultura en un cementerio lucense.

La mañana de las exequias, un cielo grisáceo, sin relieve, y una atmósfera en absoluta calma acentuaban la solemnidad de la ceremonia. El más leve carraspeo de alguno de los congregados destacaba sacrílegamente en el luctuoso silencio del camposanto y yo, en un instintivo afán de mimetismo, me mantenía con la cabeza baja y respetuosamente inmóvil, flanqueado por mis padres a ambos lados. Tía Pepita, asida del brazo por su hijo, el primo Joaquín, ladeaba de vez en cuando la cabeza para acabar apoyándola con desazón infinita sobre el abrigo negro de su bordón. Mi prima Laura, su hija menor, parecía haberse ausentado de su propio cuerpo y permanecía instalada en un rictus indescifrable que hacía intuir que una honda pena anegaba los desconsolados ojos azules que yo sabía que se ocultaban tras sus enormes gafas oscuras. Una veintena de asistentes, todos para

mí desconocidos, observaban la rectitud de sus propias corbatas negras con los brazos cruzados y algunos removían los pies dentro de sus zapatos haciendo subir y bajar la puntera de forma intermitente. Un hombre bajito y de pelo blanco, compañero de estudios del tío Antonio, leyó un emocionado responso durante unos diez minutos en los que se las arregló para intercalar una miríada de palabras incomprensibles con las que dejó bien claro que era poseedor de un admirable acervo léxico. Cuando hubo finalizado, un sacerdote alto, delgado y de rasgos algo equinos que sintonizaba a la perfección con la espiritualidad del contexto, oficiaba el rito de sepultura con una actitud mecánica y ausente que dejaba traslucir, a partes iguales, una resignación cristiana y un cansancio bárbaro.

- Hermanos: Dios todopoderoso quiso llamar a su presencia a este hermano nuestro; nosotros entregamos ahora su cuerpo a la tierra...

Fue en ese momento de la ceremonia cuando me fijé en una mujer joven embutida en un ajustado vestido negro que se acercaba hacia nuestro grupo con un taconeo apresurado y se detenía al llegar a la altura del eclesiástico.

- ...para que lo reciba en su paz y lo resucite en el último día -continuó declamando este con la mirada compasivamente depositada en la recién aparecida visitante. Se inclinó hacia la joven y ella se puso de puntillas para dirigirse a él, en voz baja, entreabriendo ligeramente el velo de redecilla que colgaba de su pequeño sombrero de luto. Esperó con las manos cruzadas en el regazo a que el clérigo se acercase a tía Pepita y le susurrase algo al oído. Mi tía, tras escucharlo, asintió varias veces con la cabeza sin abrir los ojos en señal de conformidad.

- Esta hermana nuestra... -comenzó a decir el cura dirigiéndose a los asistentes para luego volverse hacia la señorita en manifiesta demanda de su nombre.

- Matilda, Matilda Feldman -dijo ella con un hilo de voz.

- Nuestra hermana Matilda, que ha realizado el abnegado sacrificio de desplazarse hasta aquí desde la lejana Argentina, atesora con humildad el honor de ser la alumna más aventajada del hermano que hoy encomendamos al Altísimo y quisiera decir unas palabras de despedida mientras entregamos su cuerpo a la tierra y le damos nuestro último adiós, antes de verle acudir a la presencia de Nuestro Señor.

Matilda, tras una sutil indicación del cura, avanzó apenas dos pasos mientras desdoblaba, temblorosa, una hoja de papel cuadriculado que sacó de su pequeño bolso acharolado. Se giró levemente hacia el brillante féretro de madera oscura e hizo sonar una voz muy dulce, perfumada con un agradable acento porteño:

- Hasta acá, tu querida tierra de la que tanto me hablaste, he querido venir para decirte adiós y para agradecerte, también, todo lo que vos me enseñaste y que dejó algo imborrable dentro de mí. Cada palabra, cada idea y cada pensamiento tuyo han hecho de mi persona, para bien o para mal, lo que ahora humildemente soy.

La emoción hizo algunas miradas más acuosas y las barbillas de varios de los congregados comenzaron a temblar.

- Cada amanecer, cada tarde y cada ocaso en tu compañía fue una continua fuente de nuevas enseñanzas que llenaron mi vida de plenitud, pero si alguna de ellas no podré nunca olvidar, esa será tu forma de bailar el tango.

Las barbillas que temblaban se detuvieron y numerosas cejas se elevaron con sorpresa, aun sin dejar de mirar el húmedo pavimento de piedra del cementerio. La voz de Matilda comenzó a resquebrajarse, pero ella luchó por reponerse y continuar:

- Te vas, galleguito mío, y me dejás los bellos ecos de tu voz, tu olor de hombre recio, y el recuerdo de esa sonrisa de niño malo con la que me hacías reír diciendo mil boludeces en aquellas largas noches de joda y ginebra barata.

Se alzaron de golpe todas las miradas con el diámetro ocular duplicando su tamaño para clavarse en la inopinada visitante, quien no parecía advertir el estupor que se había extendido entre el cortejo fúnebre. Tía Pepita terminó por abrir los ojos, si bien lo hizo dejando los párpados inferiores muy elevados, lo que convirtió su mirada en un invisible foganazo de furor contenido que, de materializarse, hubiera reducido a cenizas a la afligida lectora y, un segundo después, al sacerdote que le había brindado la oportunidad de intervenir. La prima Laura, con la mandíbula descolgada por el asombro, deslizó hacia abajo sus enormes gafas de sol con un dedo para comprobar de quién procedía tan extemporáneo responso, y el primo Joaquín se llevó una mano a la frente como si

hubiera sido víctima de una súbita migraña. La doliente joven continuó absorta en su prédica llevando su voz hasta un lamento empapado de dolor:

- Si Dios quiso llamarte, andate con él, mi amado. Yo seguiré aquí, dedicada a que el fruto de nuestra pasión, este nuevo ser que ahora albergo, feliz, en mi vientre, sea una persona honrada, un pibe de bien y un gran profesor de tango, como su padre.

Llegado este punto, observé que los congregados se miraban entre sí con severidad, como si unos reclamasen a los otros que hicieran algo para detener esa bochornosa exhibición de desvergüenza. Mi madre se unió a esa espontánea coreografía de miradas indignadas dirigiendo la suya hacia mi padre con los ojos muy abiertos y los labios apretados. Yo ya conocía esa peculiar fórmula que suele utilizar mamá para inducir a mi padre a que intervenga en algún asunto, pero papá se sujetó al protocolo de cerrar los ojos en muestra de desaprobación y hacerse el sueco.

El sacerdote mantenía la cabeza baja, tal vez en el ejercicio del dolor de contrición más intenso de toda su carrera pastoral, hasta que se decidió a levantar un poco el antebrazo en ademán de detener el discurso ya en irrefrenable desarrollo, lo que no solucionaba nada, pero le otorgaba un simpático parecido con esas esculturas en relieve características del primer románico. La joven continuó hasta que las últimas palabras se agrietaron en su boca por la aflicción:

- Te recordaré en él, amor mío, mil veces cada día. Estarás presente en mi propia voz, cuando llame a nuestro hijo por su nombre, pues llevará el mismo que tú: José Manuel.

Lamentablemente, la mención del nombre del difunto tan intensamente amado por la interviniente hizo su aparición justo un segundo después de que tía Pepita se arrugase como un bandoneón y sus hijos tuvieran que sujetarla de las axilas para sentarla sobre el frío mármol del sepulcro más cercano. Joaquín le daba suaves palmaditas en los mofletes, súbitamente teñidos de blanco con ciertas tonalidades verdosas, esforzándose con denuedo en devolverla a la consciencia. Por su parte, el espigado clérigo se apresuró muy oportunamente a separar del grupo a la mujer, aún lacrimosa, cuando ya comenzaban a restallar en el silente aire del cementerio algunos «¡por favor!» y varios «¡qué vergüenza!». Con una mano

compasiva sobre el hombro de la atribulada joven, extendió su brazo para señalar hacia el extremo opuesto del recinto sagrado. Allí, otro cortejo fúnebre se arremolinaba en torno a la lejana voz de un sacerdote, este algo más mayor, que oficiaba el rito de sepultura de algún otro hermano liberado ya de la atadura terrenal. La afligida joven de negro se arrancó de inmediato en un decidido trotecillo, algo condicionado por la estrechez de su vestido, en dirección hacia aquel rincón de la necrópolis.

No volvimos a verla nunca más y, aun pasados varios años desde que presencié el suceso que ahora refiero, no dejo de preguntarme si Matilda consiguió despedirse de su adorado profesor de tango o continuó sembrando el estupor entre otros grupos de familiares y allegados que trataran de despedir a su finado en paz.

